



Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad

Jornada Mundial
de la Vida Consagrada

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Fiesta de la Presentación del Señor

Viernes, 2 de febrero de 2024



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

BENDICIÓN Y PROCESIÓN DE LAS CANDELAS

Forma primera: Procesión

1. *En la hora más oportuna se reúnen todos en una iglesia menor o en otro lugar conveniente, fuera de la iglesia hacia la que va a encaminarse la procesión. Los fieles tienen en sus manos las candelas apagadas.*

2. *Llega el sacerdote con sus ministros, revestido con vestiduras blancas como para la misa; no obstante, el sacerdote puede usar, en lugar de la casulla, la capa pluvial, que se quita terminada la procesión.*

3. *Mientras se encienden las candelas se canta la antífona:*

Nuestro Señor llega con poder, para iluminar los ojos de sus siervos. Aleluya.

U otro cántico apropiado.

4. *El sacerdote, terminado el canto, vuelto hacia el pueblo dice:*

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre,
y de Jesucristo, el Señor,
estén con todos vosotros.**

Rx. Y con tu espíritu.

Después del saludo hace una monición introductoria para invitar a los fieles a celebrar esta fiesta de manera activa y consciente, con estas o parecidas palabras:

Queridos hermanos y hermanas, celebramos hoy en la Iglesia la fiesta de la Presentación del Señor. María y José, fieles a la tradición de su pueblo, entran en el templo con su Hijo a los 40 días de su nacimiento. Del mismo modo, también nosotros, 40 días después de la Navidad, somos llevados y presentados por nuestra madre la Iglesia ante el Dios vivo y verdadero.

El lema de esta XXVIII Jornada Mundial de la Vida Consagrada «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad» nos hace presente la urgente necesidad que tiene nuestro mundo de mostrar la fraternidad, la luz y la esperanza en el Dios vivo, vencedor ante todas las desesperanzas como un bálsamo en medio de tantas divisiones y de tanto dolor producido por las rupturas y las discordias. La fraternidad, la alegría, la confianza en Jesús resucitado es medicina para la soledad, la tristeza y para cualquier sufrimiento. Es una invitación, a ponernos en camino, a ofrecer lo que somos y tenemos, para que se cumpla su voluntad.

Esta fiesta de hoy quiere recordarnos, como pueblo de Dios consagrado, que todos somos hermanos y que todos estamos convocados a la ayuda mutua, a caminar juntos, al apoyo recíproco sin desentendernos de nadie.

Que esta celebración, por la escucha de la Palabra de Dios y el sacramento de la eucaristía, que nos compromete a ser pan, partido y repartido como él, nos recuerde vivamente a todos la esencia de nuestra vocación consagrada: ser ofrenda generosa al Señor para nuestro mundo sufriente, esperanza que camina, con todas las periferias existenciales de nuestro mundo. «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad».

Presididos por el obispo de nuestra diócesis, dispongamos el corazón y pidamos también al Señor que fortalezca nuestro sí, como consagrados y consagradas, para hacer más coherente y radical nuestro deseo de servir y amar, apoyados en su gracia, y salir con la luz del Evangelio al encuentro del Señor y de nuestros hermanos que sufren.

5. Después de la monición, el sacerdote bendice las candelas diciendo con las manos extendidas:

Oremos.

OH, Dios,
fuente y origen de toda luz,
que manifestaste hoy al justo Simeón
la Luz para alumbrar a las naciones,
te rogamos suplicantes
que santifiques estos cirios con tu ✠ bendición;
acepta los deseos de tu pueblo
que se ha reunido para cantar la alabanza de tu nombre,
llevándolos en sus manos,
y así merezca llegar, por la senda de las virtudes,
a la luz eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Otra oración en la página siguiente.

Oremos.

OH, Dios,
luz verdadera, autor y dador de la luz eterna,
infunde en el corazón de los fieles
el resplandor de la luz que no se extingue,
para que cuantos son iluminados en tu templo santo,
por el brillo de estos cirios,
puedan llegar felizmente
a la luz de tu gloria.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Asperja las candelas con agua bendita, sin decir nada, y pone el incienso para la procesión.

6. *El sacerdote recibe, del diácono o de otro ministro, su propia candelita encendida y comienza la procesión, después de decir el diácono (o en su defecto el propio sacerdote):*

Vayamos en paz al encuentro del Señor.

O bien:

Vayamos en paz.

En cuyo caso, todos responden:

En el nombre de Cristo. Amén.

7. Durante la procesión, llevando todos las candelas encendidas, se canta alguna de las siguientes antífonas: la antífona Luz para alumbrar... con el cántico indicado (Lc 2, 29-32), o la antífona Adorna... u otro canto apropiado:

I

Ant. Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Ant. Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

Porque mis ojos han visto a tu Salvador.

Ant. Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

A quien has presentado ante todos los pueblos.

Ant. Luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.

II

Ant. Adorna tu tálamo, Sion, y recibe a Cristo Rey:

abrazo a María, puerta del cielo,

pues ella conduce al Rey de la gloria, luz nueva.

Permanece Virgen llevando en sus manos

al Hijo engendrado antes del lucero del alba,

al que Simeón tomó en sus brazos

y proclamó ante las naciones:

Señor de la vida y de la muerte

y Salvador del mundo.

8. *Al entrar la procesión en la iglesia se canta la antífona de entrada de la misa. Llegado el sacerdote al altar, lo venera y, si parece oportuno, lo incienso. Va a la sede, se quita la capa pluvial, si es que la ha usado en la procesión, y se pone la casulla; después del cántico del Gloria, dice la colecta. Y la misa prosigue como de costumbre.*

Forma segunda: Entrada solemne

9. *Cuando no se pueda hacer la procesión, los fieles, con las candelas en sus manos, se reúnen en la iglesia. El sacerdote, con vestiduras blancas como para la misa, acompañado de los ministros y algunos fieles, va a un lugar adecuado, bien delante de la puerta, bien dentro de la misma iglesia, con tal de que la mayor parte de los fieles puedan participar cómodamente en el rito.*

10. *Una vez llegados al lugar elegido para la bendición, se encienden las candelas mientras se canta la antífona: Nuestro Señor llega (n. 3) o algún otro cántico apropiado.*

11. *Tras el saludo y la monición, el sacerdote bendice las candelas, tal como se indica más arriba en los nn. 4-5; y se hace la procesión hacia el altar, con cánticos (nn. 6-7). Para la misa se observa lo ya indicado en el n. 8.*

MISA

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona un canto de entrada apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antífona de entrada (Sal 47, 10-11):

Oh, Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo: como tu Nombre, oh, Dios, tu alabanza llega al confín de la tierra. Tu diestra está llena de justicia.

HIMNO

Se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

DIOS, todopoderoso y eterno,
rogamos humildemente a tu majestad
que, así como tu Hijo Unigénito
ha sido presentado hoy en el templo
en la realidad de nuestra carne,
nos concedas, de igual modo,
ser presentados ante ti
con el alma limpia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

R̄. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN

Acabada la homilía, los miembros de los institutos de vida consagrada renuevan su consagración en el seguimiento de Cristo y en la misión de la Iglesia.

El celebrante:

Hermanos y hermanas:

En esta fiesta de la Presentación de Jesús en el templo, os invito a todos a agradecer conmigo al Señor el don de la vida consagrada que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia. Vosotros, aquí presentes, consagrados al servicio de Dios en una gran variedad de vocaciones eclesiales, renováis vuestro compromiso de seguir a Cristo obediente, pobre y casto, para que, por medio de vuestro testimonio evangélico, la presencia de Cristo Señor, luz de los pueblos, resplandezca en la Iglesia e ilumine al mundo.

Todos oran en silencio durante un tiempo.

El celebrante:

Bendito seas, Señor, porque en tu bondad, siempre has llamado a hombres y mujeres para ser en la Iglesia signo del seguimiento radical de Cristo, testimonio vivo del Evangelio y profecía del reino.

El cantor:

Gloria a ti, por los siglos.

La asamblea:

Gloria a ti, por los siglos.

El lector 1.º:

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, tu Hijo, nos has dado la imagen perfecta del servidor **obediente**: él hizo de tu voluntad su alimento, del servicio la norma de vida, del amor la ley suprema del reino.

Renovamos hoy la búsqueda constante de tu voluntad de amor para caminar en la comunión contigo y con nuestros hermanos.

La asamblea:

Gloria a ti, por los siglos.

El lector 2.º:

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, nuestro hermano, nos has dado el ejemplo más grande de la entrega de sí: él, que era rico, por nosotros se hizo **pobre**, proclamó bienaventurados a los que tienen espíritu de pobre y abrió a los pequeños los tesoros del reino.

Renovamos hoy nuestro empeño de vivir con sobriedad y austeridad, de vencer el ansia de la posesión con el gozo de la entrega, de utilizar los bienes del mundo por la causa del Evangelio y la promoción del hombre.

La asamblea:

Gloria a ti, por los siglos.

El lector 3.º:

Te glorificamos, Padre, y te bendecimos, porque en Jesucristo, hijo de la Virgen Madre, nos diste un modelo supremo de amor consagrado: él, Cordero inocente, vivió amando y murió perdonando, y así nos abrió las puertas del reino.

Felices renovamos hoy nuestro compromiso de vivir el celibato en **castidad** y pureza, entregados al amor a ti, en fraternidad y misión evangelizadora.

La asamblea:

Gloria a ti, por los siglos.

El celebrante:

**Mira bondadoso, Señor,
a estos hijos tuyos y a estas hijas tuyas;
y te rogamos que firmes en la fe y alegres en la esperanza,
sean, por tu gracia, un reflejo de tu luz,
instrumentos del Espíritu de paz,
parábola de fraternidad para nuestro mundo herido,
prolongación en la historia de la presencia de Cristo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.**

La asamblea canta:

Amén, amén, amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Presentemos al Señor nuestras súplicas, en medio de su templo, que somos nosotros.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, luz de Cristo en medio del mundo, para que ilumine los pasos de los que lo buscan sinceramente. Roguemos al Señor.
2. Por los que rigen los destinos de los pueblos, para que su gestión dé frutos de justicia y de paz. Roguemos al Señor.
3. Por los enfermos y todos los que sufren, para que confíen en quien ha pasado la prueba del dolor y puede auxiliar a los que pasan por ella. Roguemos al Señor.

4. Por todos los jóvenes, para que respondan generosamente a la llamada de Cristo acogiendo en su corazón la radicalidad del mensaje evangélico. Roguemos al Señor.

5. Por los religiosos, los miembros de institutos seculares, las sociedades de vida apostólica, las nuevas formas de vida consagrada, por el orden de las vírgenes y la vida contemplativa, para que del encuentro con Cristo reciban las fuerzas necesarias y el aliento del Espíritu, que les lleve a ser voz profética y comprometida, por un mundo más justo y fraterno. Roguemos al Señor.

6. Por todas las familias, elegidas por Dios para transmitir la fe a la próxima generación, para que, impulsadas por la fuerza del Espíritu y el amor de Jesús, puedan ejercer su misión en libertad y fidelidad. Roguemos al Señor.

7. Por quienes estamos participando en esta celebración de acción de gracias por la vida consagrada, para que caminando juntos como Iglesia «en salida» seamos esperanza y luz que acompaña, y hagamos germinar las semillas de la fraternidad que destierra todo pesimismo y desesperanza. Y para que digamos con fe: «Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad». Roguemos al Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

DIOS, Padre nuestro, escucha nuestras súplicas,
que hace tuyas Jesucristo, tu Hijo,
a quien tú enviaste para compadecerse de nosotros,

Junta las manos.

que vive y reina por los siglos de los siglos.

R̄. Amén.

LITURGIA EUCARÍSTICA

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

POR estos dones santos que hemos recibido,
llénanos de tu gracia, Señor,
tú que has colmado plenamente
el anhelo expectante de Simeón
y, así como él no vio la muerte
sin haber merecido acoger antes a Cristo,
concédenos alcanzar la vida eterna
a quienes caminamos al encuentro del Señor.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios todopoderoso os bendiga con su misericordia
y os llene de la sabiduría eterna.**

Rx. Amén.

**Él aumente en vosotros la fe
y os dé la perseverancia en el bien obrar.**

Rx. Amén.

**Atraiga hacia sí vuestros pasos
y os muestre el camino del amor y de la paz.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podéis ir en paz.

Rx. Demos gracias a Dios.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

ORACIÓN

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad.

Se dice fácil, pero en las circunstancias concretas de la vida, no es tan sencillo y no siempre sabemos cuál es tu voluntad. Con tu gracia, nos abandonamos en tus brazos con absoluta confianza y te decimos:

«No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22,42).

¡Que se haga tu voluntad en mí, en nosotros!

Padre santo, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. ¡Que te bendigan, Señor, los que escuchan tus susurros, y se ponen en camino sin miedo a la noche fría o al calor! Que te bendigan, Señor, junto a los descartados de este mundo que apenas oyen tu voz, y recobran la esperanza de un «nosotros» fraterno.

Padre santo, como barro en tus manos, modela en cada uno de nosotros el deseo de servirte y anunciarte, de descubrir tu voluntad que nos recrea y transforma en vasijas nuevas, para reconfortar y humanizar, en tu Nombre, el mundo roto y convulso en el que vivimos y nos movemos. ¡Acrecienta en nosotros la pasión compartida, a la escucha de tu voz!

Te bendecimos, Señor, todos los que buscamos tu voluntad y ofrecemos nuestra pequeñez a tu servicio, al compromiso del bien común y a la artesanía de la justicia y la paz.

Que tu Espíritu nos transforme en signos de tu voluntad encarnada.

Aquí estoy, Señor, hágase tu voluntad.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española